26262

Colección ARIEL

Cuaderno 55 Abril de 1915

APULEYO

HISTORIA DE PSIQUIS Y CUPIDO

(Traducida del latín por Diego López de Cortegana)

SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.
Imprenta Greñas

COLECCION ARIEL

Selecciones de los buenos Autores, clásicos y modernos

Director: J. GARCIA MONGE

SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

Condiciones:

La serie de 12 folletos (en Costa Rica): ₡ 3.00.
La seriede 12 folletos (en el Extranjero); $ 2.00 oro am.
Número suelto: ₡ 0.25
768 páginas,
dos libros de escogida, variada y reconfortante literatura
POR TRES COLONES

PUBLICACIONES RECIBIDAS

REVISTA MODERNA

Bogotá. Mensuario. Suscrición anual: $ 4,20.

Directores: Emilio Cuervo Márquez y Alfredo Ramos Urdaneta. Bien impreso. Colaboración acreditada. Proseguirá la obra del extinto y famoso *Repertorio Colombiano*. Dicen justamente los Directores de la Revista Moderna: "Aspiramos al honor de que sus páginas serán a manera de estuario en donde se viertan todas las corrientes sanas del pensamiento nacional."

Trabajará por la libertad y la belleza, sin distinción de escuelas y partidos. Atención muy especial consagrará a la historia colombiana. De preferencia publicará lo inédito en castellano. El número 1º ya anuncia lo que será la hermosa labor del señor Cuervo Márquez y colaboradores. A todos un aplauso, una voz de aliento.

Colección ARIEL

APULEYO

HISTORIA DE PSIQUIS Y CUPIDO

(Traducida del latín por Diego López de Cortegana)

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.
Imprenta Greñas

Abril de 1915

APRECIACIONES.

Nació Apuleyo en Madaura (Africa), el año 114 de Cristo. Estudió en Cartago y viajó luego por Oriente, Grecia e Italia, desde los quince hasta los veinticinco años. Casó en Oea con Pudentilla, madre de un su amigo, cuya familia, enemistada con Apuleyo, entabló contra él un proceso, acusándole, entre otros crímenes, del de magia. Salió vencedor Apuleyo y se estableció en Cartago, donde vivió hasta su muerte, acaecida por los años de 185 a 190, consagrado al estudio y a la oratoria, en la cual llegó a adquirir fama extraordinaria. Consta que tradujo al latín el *Phedon* de Platón, pero esta y otras muchas obras suyas se han perdido, habiendo llegado a nosotros solamente los once libros de las *Metamorfosis* (o *El Asno de Oro)*, los cuatro de las *Floridas*, el opúsculo *Del Dios de Sócrates*, los tres libros *De la doctrina de Platón*, el tratado *Del Mundo* y la *Apología ante Claudio Máximo.*

La obra de Apuleyo que a nosotros por ahora nos interesa, son las *Metamorfosis* o *El Asno de Oro*, escrito por el año 184 seis después de la muerte de Luciano de Samósata.

Las *Metamorfosis* no son obra enteramente original, sino que están inspiradas en el opúsculo: *Lucio* o *El Asno*, atribuído a Luciano, el cual a su vez reprodujo, según Focio, las *Metamorfosis* de Lucio de Patras (si es que éste es anterior a Luciano), obra hoy perdida. Apuleyo amplifica esos modelos, escribiendo un libro de mero entretenimiento, donde combina varias fábulas milesias para formar el argumento.

Uno de los episodios de la obra de Apuleyo es la historia de *Psyche,* que una vieja, ama de gobierno de cierta cuadrilla de ladrones (incidente imitado en el *Gil Blas de Santillana*), refiere a una joven, de quien se han apoderado, para distraerla. "Mezcla abigarrada de cuentos milesios, casos trágicos, historias de hechicerías y mitos filosóficos, *El Asno de Oro*, que como novela de aventuras está llena de interés y de gracia, es, sin duda, el tipo más completo de la novela antigua, y nos deleitaría hoy tanto como a los lectores del siglo II, si estuviese escrita con más llaneza de estilo y no en aquella manera decadente, violenta y afectada, llena de intolerables arcaísmos y grecismos, de frases *simili-cadentes*, de palabras compuestas o torcidas de su natural sentido, de metáforas y *catacreses* monstruosas, de diminutivos pueriles y de todo género de aliños indecorosos a la grave majestad de la lengua latina." *

La fábula de Psiquis no consta en el *Lucio* de Luciano. Apuleyo es el *único* escritor de la antigüedad clásica que nos la trasmite. ¿Quiere decir esto que sea obra original suya? Algunos lo han creído así. Nosotros pensamos, por el contrario, que se trata de algunos de esos mitos filosóficos a que tan aficionados eran los platónicos (recuérdese el de Er el Armenio en el último libro de la *República* de Platón) y que Apuleyo pudo recoger en sus viajes por Oriente y por Grecia.

. . . *El Asno de Oro* de Apuleyo, bellamente traducido del latín al castellano en 1513 por Diego López de Cortegana, Arcediano de Sevilla y fervoroso erasmista.

A. BONILLA Y SAN MARTIN

(El Mito de Psyquis.)

La obra que inmortalizará el nombre de Apuleyo, es la novela en once libros en que ha desarrollado el asunto que Luciano tan vivamente esquició, las tribulaciones de un asno que ha sido hombre, y que concluye por recuperar su dignidad de bípedo. Las *Metamorfosis*, por otro nombre *El Asno de Oro*, son un cuadro completo de la vida y de la sociedad en el siglo segundo de nuestra era; ciertamente que no es un cuadro de mano maestra, aun cuando está pintado con cierta fuga meridional y con alguna gracia y espiritual jovialidad. Algunas de las figuras presentadas por Apuleyo son muy graciosas. Algunos de sus cuentos son muy buenos, a pesar del execrable procedimiento estilístico que le sirve para echar a perder de continuo las mejores ideas y las mejores sentencias. No me refiero a los cuentos en que la gracia va mezclada con la deshonestidad, sino a aquellos que todos pueden leer, y de los que se han acordado Cervantes y otros autores modernos. En las *Metamorfosis* hay algo mejor que los buenos cuentos: el mito de Psiquis, una de las maravillas de la imaginación antigua. Es claro que Apuleyo no inventó ese mito; pero lo cuenta con soltura y gracia, y hasta con una especie de relativa sencillez. Por el asunto y aun por

---

* M. Menéndez y Pelayo: *Orígenes de la Novela*. Madrid, Bailly-Ballière, 1905. Pag. XIV

el estilo, son incontestablemente los mejores de su obra los capítulos en que relata las aventuras de la amante de Cupido. A La Fontaine le bastó sustituir la gracia de Apuleyo con algo de su poesía y de su natural ingenuo, para hacer una obra maestra de la narración del escritor de Madaura. Por más que sea africano; cuando se ha tenido la fortuna de Apuleyo con su Psiquis, no se puede morir, porque se deja una obra y un nombre.

ALEJO PIERRON

(Histoire de la Litterature Romaine.)

Pero colocada como uno de los episodios en la narración principal—una verdadera joya en medio de sus mofas, su tosca aunque genuina humanidad, sus burlescos horrores, aparece la historia de Cupido y Psiquis, llena de brillantes y animados pasajes—*speciosa* *locis*—y copiosa en hermosos y visibles vuelos de la fantasía (le parece a uno ver y tocar el cabello de oro, las frescas flores, las preciosas obras de arte) pero llena también de un idealismo gentil, de modo que puede considerarse, si se quiere, como una alegoría. Con una concentración de sus más finos dones literarios, Apuleyo ha recogido en ella la esencia imponderable de muchos deliciosos cuentos viejos.

WALTER PATER.

(Marius the Epicurean)

HISTORIA DE PSIQUIS Y CUPIDO *

Eranse en una ciudad un rey y una reina, y tenían tres hijas muy hermosas, de las cuales dos de las mayores, como quier que eran hermosas y bien dispuestas, podían ser alabadas por loores de hombres, pero la más pequeña, era tanta su hermosura, que no bastan palabras humanas para poder expresar ni suficientemente alabar su belleza. Muchos de otros reinos y ciudades, a los cuales la fama de su hermosura juntaba, espantados con admiración de su tan grande hermosura, donde otra doncella no podía llegar, poniendo sus manos a la boca y los dedos estendidos, así como a la diosa Venus con sus religiosas adoraciones la honraban y adoraban.

Ya la fama corría por todas las ciudades y regiones cercanas que ésta era la diosa Venus, la cual nació en el profundo piélago de la mar y el rocío de sus ondas la crió. Ya decían así mismo que otra diosa Venus, por influjo de las estrellas del cielo, había nacido otra vez, no en la mar pero en la tierra, conversando con todas las gentes, adornada de flor de virginidad. De esta manera su opinión procedía de cada día,* que ya la fama de ésta era derramada por todas las islas de alderredor y en muchas provincias de la tierra; muchos de los mortales venían de luengos caminos, así por la mar como por tierra, a ver este glorioso espectáculo que había nacido en el mundo. Ya nadie quería navegar a ver la diosa Venus, que estaba en la ciudad de Pafo, ni tampoco a la isla de Gnido, ni al monte Citherón, donde le solían sacrificar; sus templos eran ya destruidos, sus sacrificios olvidados, sus ceremonias menospreciadas, sus estatuas estaban sin honra ninguna, sus aras y altares, sucias y

---

* Libros IV, V y VI de las *Metamorfosis* de Apuleyo. Traducción de Diego López de Cortegana, con algunas variantes.

---

* De esta manera su fama crecía más cada día.

cubiertas de ceniza fría. A esta doncella suplicaban todos, y debajo de vulto* humano adoraban la majestad de tan gran diosa y cuando de mañana se levantaban, todos le sacrificaban con sacrificios y manjares, como sacrificaban a la diosa Venus. Pues cuando iba por la calle o pasaba alguna plaza, todo el pueblo, con flores y guirnaldas de rosas, le suplicaban y honraban.

Esta grande traslación de honras celestiales a una moza mortal, encendió muy reciamente de ira a la verdadera diosa Venus, y con mucho enojo meciendo la cabeza, y riñendo entre sí, dijo de esta manera: "¡Véis aquí yo, que soy la primera madre de la natura de todas las cosas; yo, que soy principio y nacimiento de todos los elementos; yo, que soy Venus, criadora de todas las cosas que hay en el mundo, soy tratada en tal manera que en la honra de mi majestad haya de tener parte y ser mi aparcera una moza mortal, y que mi nombre, formado y puesto en el cielo, se haya de profanar en suciedades terrenales. ¿Tengo yo de sufrir que tengan a cada duda si tengo yo de ser adorada o esta doncella, y que haya de tener comunidad conmigo? ¿Y que una moza que ha de morir, tenga mi gesto que piensen que soy yo? Según esto, por demás me juzgó aquel pastor que por mi gran hermosura me prefirió a tales diosas, cuyo juicio y justicia aprobó aquel gran Júpiter. Pero ésta, quien quiera que es, que ha robado y usurpado mi honra, no habrá placer de ello; ¡yo le haré que se arrepienta de esto y de su ilícita hermosura!" Y luego llamó a Cupido, aquel su hijo con alas, que es asaz temerario y osado, el cual, con sus malas costumbres, menospreciada la autoridad pública, armado con saetas y llamas de amor, discurriendo de noche por las casas ajenas, corrompe los casamientos de todos, y sin pena ninguna comete tantas maldades, que cosa buena no hace. A este, como quier que de su propia natura él sea desvergonzado, pedigüeño y destruidor, pero, demás de esto, ella le encendió más con sus palabras, y llevólo a aquella ciudad donde estaba esta doncella que se llamaba Psiches, y mostrósela, diciéndole con mucho enojo, gimiendo y cuasi llorando, toda aquella historia de la semejanza envidiosa de su hermosura, diciéndole en esta manera: "Oh hijo, yo te ruego, por el amor que tienes a tu madre, y por las dulces llagas de tus saetas, y por los sabrosos fuegos de tus amores, que tú des cumplida venganza a tu madre, y véngala contra la hermosura rebelde o contumaz de esta mujer, y sobre todas las otras cosas has de haber una, la cual es que esta doncella sea enamorada de muy ardiente amor de hombre de poco y bajo estado, al cual la fortuna no dió dignidad de estado, ni patrimonio, ni salud. Y sea tan bajo, que en todo el mundo no halle otro semejante a su miseria.

---

* Rostro, semblante.

Después que Venus hubo hablado esto, besó y abrazó a su hijo, y fuese a la ribera de un río que estaba cerca, donde con sus pies hermosos holló el rocío de las ondas de aquel río, y de allí se fue a la mar, adonde todas las ninfas de la mar le vinieron a servir y hacer lo que ella quería, como si otro día antes se lo hubiese mandado. Allí vinieron las hijas de Nereo cantando, y el dios Neptuno, con su áspera barba del agua de la mar, y con su mujer Salicia, y Palemón, que es guiador del delfín. Pues las compañas de los Tritones, saltando por la mar, unos tocan trompetas, otros traían un palio de seda, porque el sol su enemigo no le tocase, otro pone el espejo delante los ojos de la señora. De esta manera, nadando con sus carros por la mar, todo este ejército acompañó a Venus hasta el mar océano.

Entre tanto, la doncella Psiches, con su hermosura sola para sí, ningún fruto recibía de ella. Todos la miraban y todos la alababan, pero ninguno que fuese rey ni de sangre real, ni aun siquiera del pueblo la llegó a pedir, diciendo que se quería casar con ella. Maravillábanse de ver su divina hermosura, pero maravillábanse como quien ve una estatua pulidamente fabricada. Las dos hermanas mayores,

porque eran templadamente hermosas, no eran tanto divulgadas por los pueblos, y habían sido desposadas con dos reyes que las pidieron en casamiento, con los cuales ya estaban casadas y con buena ventura apartadas en su casa. Mas esta doncella Psiches, estaba en casa del padre llorando su soledad, y siendo virgen, era viuda, por la cual causa estaba enferma en el cuerpo y llagada en el corazón. Aborrecía en sí su hermosura, como quier que a todas las gentes pareciese bien.

El mezquino* padre de esta desventurada hija, sospechando que alguna ira y odio de los dioses celestiales hubiese contra ella, acordó de consultar el oráculo antiguo del dios Apolo, que estaba en la ciudad de Milesia, y con sus sacrificios y ofrendas suplicó a aquel dios que diese casa y marido a la triste de su hija. Apolo, como quier que era griego y de nación jonia, por razón del que había fundado aquella ciudad de Milesia, pero respondió en latín estas palabras: "Pondrás esta moza, adornada de todo aparato de llanto y luto, como para enterrarla, en una piedra de una alta montaña, y déjala allí. No esperes yerno que sea nacido de linaje mortal, mas espéralo fiero y cruel, y venenoso como serpiente, el cual, volando con sus alas, fatiga todas las cosas sobre los cielos, y con sus saetas y llamas doma y enflaquece todas las cosas, al cual el mismo dios Júpiter teme y todos los otros dioses se espantan, los ríos y lagos del infierno le temen."

---

* Desdichado. El mismo sentido tiene esta palabra todas las veces que se usa en este cuento.

El rey, que siempre fue próspero y favorecido, como oyó este vaticinio y respuesta de su pregunta, triste y de mala gana tornóse para tras a su casa. El cual dijo y manifestó a su mujer el mandamiento que el dios Apolo había dado a su desdichada suerte, por lo cual lloraron y plantearon* algunos días. En esto ya se llegaba el tiempo que habían de poner en efecto lo que Apolo mandaba, de manera que comenzaron a aparejar todo lo que la doncella había menester para sus mortales bodas. Encendieron la lumbre de las hachas negras con hollín y ceniza, y los instrumentos músicos de las bodas se mudaron en lloro y amargura, los cantares alegres en luto y lloro; y la doncella que se había de casar, se limpia las lágrimas con el velo de alegría. De manera que el triste hado de esta casa hacía llorar a toda la ciudad. La cual, como se suele hacer en lloro público, mandó alzar todos los oficios, y que no hubiese juicio ni juzgado.

El padre, por la necesidad que tenía de cumplir lo que Apolo había mandado, procuraba de llevar la mezquina de Psiches a la pena que le estaba profetizada. Así que, acabada la solemnidad de aquel triste y amargo casamiento, con grandes lloros vino todo el pueblo a acompañar a esta desdichada, que parecía que la llevaban viva a enterrar y que éstas no eran sus bodas, mas sus exequias. Los tristes del padre y la madre, conmovidos de tanto mal, procuraban cuanto podían de alargar el negocio y la hija comenzóles a decir y amonestar de esta manera: "¿Por qué, señores, atormentáis vuestra vejez con tan continuo llorar? ¿Por qué fatigáis vuestro espíritu, que más es mío que vuestro, con tantos aullidos? ¿Por qué ensuciáis esas caras que yo tengo de honrar, con lágrimas que poco aprovechan? ¿Por qué rompéis en vuestros ojos los míos? ¿Por qué arrancáis vuestras canas? ¿Por qué apuñeáis vuestros santos pechos? ¡Este será el premio y galardón claro y egregio de mi hermosura! Vosotros estáis heridos mortalmente de la envidia, y sentís tarde el daño. Cuando las gentes y los pueblos nos honraban y celebraban con divinos honores, cuando todos a una voz me llamaban *la nueva diosa Venus*, entonces os había de doler y llorar, entonces me habíais ya de tener por muerta. Ahora veo y siento que sólo este nombre de Venus ha sido causa de mi muerte. Llevadme ya y dejadme ya en aquel risco donde Apolo mandó. ¡Ya yo querría haber acabado estas bodas tan dichosas! ¡Ya deseo ver a aquel mi generoso marido! ¿Por qué

---

* Lloraron, sollozaron, gimieron.

tengo yo de detener aquel que es nacido para destrucción de todo el mundo?"

Acabado de hablar esto, la doncella calló, y como ya venía todo el pueblo para acompañarle, lanzóse en medio de ellos y fueron su camino a aquel lugar donde estaba un risco muy alto, encima de aquel monte, encima del cual pusieron la doncella y allí la dejaron, dejando así mismo con ella las hachas de las bodas que delante de ella llevaban ardiendo, apagadas con sus lágrimas: y, abajadas las cabezas, tornáronse a sus casas. Los mezquinos de sus padres, fatigados de tanta pena, encerráronse en su casa, y cerradas las ventanas, se pusieron en tinieblas perpetuas. Estando Psiches muy temerosa llorando encima de aquella peña, vino un manso viento de cierzo, y como quien estiende las alas, la tomó en su regazo; así, poco a poco, muy mansamente la llevó por aquel valle abajo y la puso en un prado muy verde y hermoso de flores y hierbas, donde la dejó, que parecía que no le había tocado.

* * *

Psiches, estando acostada suavemente en aquel hermoso prado de flores y rosas, alivióse de la pena que en su corazón tenía, y comenzó dulcemente a dormir. Después que suficientemente hubo descansado, levantóse alegre, y vió allí cerca una floresta de muy grandes y hermosos árboles, y vió así mismo una fuente muy clara y aplacible.* En medio de aquella floresta, cerca de la fuente, estaba una casa real, la cual parecía no ser edificada por manos de hombres, sino por manos divinas; a la entrada de la casa estaba un palacio tan rico y hermoso, que parecía ser morada de algún dios, porque el zaquizamí y cobertura era de madera de cedro y de un marfil maravillosamente labrado, las columnas eran de oro, y todas las paredes cubiertas de plata, en la cual estaban esculpidos bestiones y animales, que parecía que arremetían a los que allí entraban. Maravilloso cierto hombre fue el que tanta arte

---

* Agradable.

sabía, y pienso que fuese medio dios, y aun creo que fuese dios el que con tanta sutilidad y arte hizo de la plata estas bestias fieras. Pues el pavimento del palacio, todo era de piedras preciosas de diversos colores, labradas muy menudamente como obra mosaica. De donde se puede decir una vez y muchas, que bienaventurados son aquellos que huellan sobre oro y piedras preciosas; ya las otras piezas de la casa muy grandes y anchas, y preciosas sin precio. Todas las paredes estaban enforradas en oro, tanto resplandeciente, que ella hacía día y luz a sí misma, aunque el sol no quisiese. Y de esta manera resplandecían las cámaras y los portales y corredores, y las puertas de toda la casa. No menos respondían a la majestad de la casa todas las otras cosas que en ella había, por donde se podía muy bien juzgar que Júpiter hubiese fundado este palacio para la conversación humana.

Psiches, convidada con la hermosura de tal lugar, llegóse acerca, y con una poca de más osadía entró por el umbral de la casa, y como le agradaba la hermosura de aquel edificio, entró más adelante, maravillándose de lo que veía. Y dentro en la casa vió muchos palacios y salas perfectamente labrados, llenos de grandes riquezas, que ninguna cosa había en el mundo que allí no estaba. Pero sobre todo, lo que más se podría uno allí maravillar, demás de las riquezas que había, era la principal y maravillosa, que ninguna cerradura ni guarda había allí donde estaba el tesoro de todo el mundo.

Andando ella con gran placer viendo estas cosas, oyó una voz sin cuerpo que le decía: "¿Por qué, señora, tú te espantas de tantas riquezas? Tuyo es todo esto que aquí ves; por ende éntrate en la cámara y ponte a descansar en la cama, y, cuando quisieres, demanda agua para bañarte, que nosotras, cuyas voces oyes, somos tus servidoras y te serviremos en todo lo que mandares, y no tardará el manjar que te está aparejado para esforzar tu cuerpo."

Cuando esto oyó Psiches, sintió que

aquello era provisión* divina, y descansando de su fatiga, durmió un poco, y después que despertó, levantóse y lavóse, y viendo que la mesa estaba puesta y aparejada para ella, fuese a sentar, y luego vino mucha copia de diversos manjares, y así mismo un vino que se llama néctar, de que los dioses usan, lo cual todo no parecía quien lo traía, y solamente parecía que venía en el aire, ni tampoco la señora podía ver a nadie, más solamente oía las voces que hablaban, y a estas solas voces tenía por servidoras. Después que hubo comido, entró un músico y comenzó a cantar, y otro a tañer con una vihuela, sin ser vistos. Tras de esto comenzó a sonar un canto de muchas voces, y como quier que ningún hombre pareciese, bien se manifestaba que era coro de muchos cantores. Acabado este placer, ya que era noche, Psiches se fue a dormir, y después de haber pasado un rato de la noche, comenzó a dormir, y luego despertó con gran miedo y espanto, temiendo en tanta soledad no le aconteciese algún daño a su virginidad, de lo cual ella tanto mayor mal temía, cuanto más estaba ignorante de lo que allí había, sin ver ni conocer a nadie. Estando en este miedo, vino el marido no conocido, y subiendo en la cama, hizo su mujer a Psiches, y antes que fuese de día partióse de allí, y luego aquellas voces vinieron a la cámara y comenzaron a curar* de la novia, que ya era dueña. De esta manera pasó algún tiempo sin ver a su marido, ni haber otro conocimiento. Y como es cosa natural, la novedad y estrañeza que antes tenía, por la mucha continuación ya se había tornado en placer, y el sonido de la voz incierta ya le era solaz y deleite de aquella soledad.

---

* Mandamiento, providencia.

Entre tanto su padre y madre se envejecían en llanto y luto continuo. La fama de este negocio, como había pasado, había llegado a donde estaban las hermanas mayores casadas, las cuales, con mucha tristeza, cargadas de luto, dejaron sus casas y vinieron a ver sus padres, para hablarles y consolar. Aquella misma noche, el marido habló a su mujer Psiches, porque como quier que no lo veía, bien lo sentía con los oidos y palpaba con las manos, y díjole de esta manera: "Oh señora, dulcísima y muy amada mujer: la cruel fortuna te amenaza con un peligro de muerte, del cual yo querría que te guardases con mucha cautela. Tus hermanas turbadas, pensando que tú eres muerta, han de seguir tus pisadas y venir hasta aquel risco de donde tú aquí viniste, y si tú por ventura oyeres sus voces y llantos, no les respondas ni mires allá en manera ninguna, porque si lo haces, a mí me darás mucho dolor, pero para ti causarás un grandísimo mal, que te será cuasi la muerte." Ella prometió de hacer todo lo que el marido le mandase, y que no haría otra cosa; pero como la noche fue pasada y el marido de ella partido, todo aquel día la mezquina consumió en llantos y en lágrimas, diciendo muchas veces que ahora conocía

---

* Cuidar.

que ella era muerta y perdida, por estar encerrada y guardada en una cárcel honesta, apartada de toda habla y conversación humana, y que aun no podía ayudar y responder siquiera a sus hermanas, que por su causa lloraban, ni solamente las podía ver. De esta manera aquel día ni quiso lavarse ni comer, ni recrear con cosa alguna, sino llorando con muchas lágrimas se fue a dormir.

No pasó mucho tiempo que el marido vino más temprano que otras noches, y acostándose en la cama, ella, aunque estaba llorando, y abrazándola, comenzó a reprenderla de esta manera: "Oh mi señora Psiches: ¿esto es lo que tú me prometiste? ¿Qué puedo yo siendo tu marido, esperar de ti, cuando el día y toda la noche, y aun ahora que estás conmigo, no dejas de llorar? Anda ya, haz lo que quieres, y obedece a tu voluntad que te demanda daño para ti; pero cuando tarde te arrepintieres, te recordarás de lo que yo te he amonestado."

Entonces ella, con muchos ruegos, diciendo que si no le otorgaba lo que quería, que ella se moriría, le sacó por fuerza y contra su voluntad que hiciese lo que deseaba, que vea a sus hermanas y las consuele y hable con ellas, y aunque todo lo que quisiere darles, así oro como joyas y collares, que se lo dé. Pero muchas veces le amonestó y espantó que no consienta en el malconsejo de sus hermanas, ni cure de buscar ni saber el gesto y figura de su marido, porque con esta sacrílega curiosidad no caiga de tanta riqueza y bienaventuranza como tiene, que haciéndolo de otra manera, jamás le vería ni tocaría.

Ella dió muchas gracias al marido, y estando ya más alegre dijo: "Por cierto, señor, tú sabrás que antes moriré que no que hubiese de estar sin tu dulcísimo casamiento, porque yo, señor, te amo y muy fuertemente, y quien quiera que eres te quiero como a mi ánima, y no pienso que te puedo comparar al dios Cupido. Pero demás de esto, señor, te ruego que mandes a tu servidor el viento cierzo que traiga a mis hermanas aquí, así como a mí me trajo;" y diciendo esto, dábale muchos besos, y halagándolo con muchas palabras y abrazándolo con halagos y caricias, diciendo: "¡Mi dulce marido! ¡dulce ánima de tu Psiches!" y otras palabras por donde el marido fué vencido, y prometió de hacer todo lo que ella quisiese. Viniendo ya el alba, él se desapareció de sus manos.

Las hermanas preguntaron por aquel risco o lugar donde habían dejado a Psiches, y luego fuéronse para allá con mucha priesa, de donde comenzaron a llorar y dar grandes voces y aullidos, hiriéndose en los pechos, tanto que a las voces que daban, los montes y riscos sonaban lo que ellas decían, llamando por su propio nombre a la mezquina de su hermana. Hasta tanto que Psiches, oyendo las voces que sonaban por aquel valle abajo, salió de casa temblando como sin seso, y dijo: "¿Por qué sin causa os afligís con tantas mezquindades* y llanto? ¿Por qué lloráis, que viva soy? Dejad esos gritos y voces; no curéis más de llorar, pues que

---

* Desdichas.

podéis abrazar y hablar a quien lloráis." Entonces llamó al viento cierzo, y mandóle que hiciese lo que su marido le había mandado. El, sin más tardar, obedeciendo su mandamiento, trajo luego a sus hermanas muy mansamente, sin fatiga ni peligro, y, como llegaron, comenzáronse a abrazar y besar unas a otras, las cuales, con el gran placer y gozo que hubieron, tornaron de nuevo a llorar. Psiches les dijo que entrasen en su casa alegremente y descansasen con ella de su pena y fatiga. Después que así les hubo hablado, mostróles la casa y las grandes riquezas de ella, y la mucha familia de las que le servían oyéndolas solamente, y donde las mandó lavar en un baño muy rico y hermoso, y sentar a la mesa, donde había muchos manjares abundantemente. En tal manera, que la hartura y abundancia de tantas riquezas más celestiales que humanas, criaron envidia en sus corazones contra ella.

Finalmente, que la una de ellas comenzó a preguntarle curiosamente y a importunarle que le dijese quién era el señor de aquellas riquezas celestiales, y quién era o qué tal era su marido. Pero con todas estas cosas nunca Psiches quebrantó el mandamiento de su marido, ni sacó de su pecho el secreto de lo que sabía, y hablando en el negocio, fingió que era un mancebo hermoso y de buena disposición, que entonces le apuntaban las barbas, el cual andaba allá ocupado en hacienda del campo y en caza de montería, y porque en alguna palabra de las que hablaba no se descubriese el secreto, cargólas de oro, joyas y piedras preciosas, y llamado el viento, mandóle que las tornase a llevar de donde las había traído, lo cual hecho, las buenas de las hermanas tornáronse a casa. Iban ardiendo con la hiel de la envidia que les crecía, y una a otra hablaba sobre ello muchas cosas, entre las cuales la una dijo esto: "¡Mirad ahora qué cosa es la fortuna ciega, malvada y cruel! ¿Parécete a tí bien que seamos todas tres hijas de un padre y una madre, y que tengamos diversos estados? Nosotras, que somos mayores que ella, seamos esclavas de

maridos advenedizos, y que vivamos como desterradas fuera de nuestra tierra, y apartadas muy lejos de la casa y reino de nuestros padres, ¿y esta nuestra hermana, última de todas, que nació después que nuestra madre estaba harta de parir, haya de poseer tantas riquezas y tener un dios por marido, y aun cierto ella no sabe bien usar de tanta muchedumbre de riquezas como tiene? ¿No viste tú, hermana, cuántas cosas están en aquella casa? ¿cuántos collares de oro, cuántas vestiduras resplandecen, cuántas piedras preciosas relumbran? Y demás de esto ¿cuánto oro se halla en su casa? Por cierto, si ella tiene el marido hermoso como dijo, ninguna más bienaventurada mujer vive hoy en todo el mundo, y por ventura podrá ser que, procediendo la continuación y esforzándose más la afección, siendo él dios, también hará a ella diosa. Y, por cierto, así es que ya ella presumía y se trataba con mucha altivez, que ya piensa que es diosa, pues que tiene las voces por servidoras y manda a los vientos. Yo, mezquina, lo primero que puedo decir, es que fuí casada con un marido más viejo que mi padre, y demás de esto más calvo que una calabaza, y más flaco que un niño, guardando de continuo la casa cerrada con herrojos y cadenas."

Desde que hubo dicho esto, comenzó la otra y dijo: "Pues yo sufro otro marido gotoso, que tiene los dedos tuertos de la gota y él corcovado, por lo cual nunca tengo placer con él, fregándole continuo sus dedos endurecidos como piedra, con medicinas hediondas y paños sucios y cataplasmas, que ya tengo quemadas estas mis manos, que solían ser delicadas, que cierto yo no represento oficio de su mujer, mas antes uso de persona de físico* y aun bien fatigado. Pero tú, hermana, paréceme que sufres esto con ánimo paciente, y aun mejor podría decir que es de sierva, porque ya libremente te quiero decir lo que siento. Mas yo en ninguna manera puedo ya sufrir que tanta bienaventuranza haya caído en persona tan

---

* Médico.

indigna. ¿No te recuerdas cuán soberbiamente y con cuánta arrogancia se hubo con nosotras, que las cosas que nos mostró con aquella alabanza como gran señora, manifestó bien su corazón hinchado, y de tantas riquezas como allí tenía nos alanzó esto poquito por ahí contra su voluntad, y pensándole con nosotras, luego nos mandó echar de allí con sus silbos del viento? Pues no me tenga por mujer, ni nunca yo viva, si no la hago lanzar de tantas riquezas. Finalmente, que si esta injuria te toca a ti, como es razón, tomemos ambas un buen consejo, y estas cosas que llevamos no las mostremos a nuestros padres ni a nadie, ni digamos cosa alguna de su salud; harto nos basta lo que nosotras vimos, de lo cual nos pesa de haberlo visto, y no publiquemos a nadie tanta felicidad suya, porque no se pueden llamar bienaventurados cuyas riquezas ninguno sabe. Al menos, sepa ella que nosotras no somos sus esclavas, mas sus hermanas mayores, y ahora dejemos esto y tornemos a nuestros maridos y pobres casas, aunque cierto buenas y honestas, y después, instruidas, con mayor acuerdo y consejo tornaremos más fuertes para castigar su soberbia.”

Este mal consejo pareció muy bueno a las dos malas hermanas, y escondidas las joyas y dones que Psiches les había dado, tornáronse desgreñadas como que venían llorando y rascándose las caras, fingiendo de nuevo grandes llantos. En esta manera dejaron sus padres, refrescándoles su dolor y con mucha ira, turbadas de la envidia, tornáronse para sus casas, concertando por el camino traición y engaño, y aun muerte contra su hermana, que estaba sin culpa.

Entre tanto el marido de Psiches, el cual ella no conocía, la tornó amonestar otra vezcon aquellas sus palabras de noche, diciéndole: “¿No ves cuánto peligro te ordena la fortuna?; pues si tú de lejos, antes que venga, no te apartas y proveés, ella será contigo de cerca. Aquellas lobas sin fe, ordenan cuando pueden contra ti muy malas asechanzas, de las cuales la suma es esta: Ellas te quieren persuadir que tú veas mi cara, la cual, como muchas veces te he dicho, tú no la verás más si la ves. Así que si después de esto aquellas malas brujas vinieren armadas con sus malignos corazones, que bien sé que vendrán, no hables con ellas ni te pongas a razones, y si por tu mocedad y por el amor que les tienes, no te pudieres sufrir, al menos de cosa que toque a tu marido ni la oigas ni respondas a ella, porque acrecentaremos nuestro linaje, que aun este tu vientre niño otro niño trae ya dentro, y si tú encubrieres este secreto, yo te digo que será divino, y si lo descubrieres, desde ahora te certifico que será mortal.”

Psiches, cuando esto oyó, gozóse mucho, y hubo placer con la divina generación. Alegrábase con la gloria de lo que había de dar a luz, y gozándose con la dignidad de ser madre, con mucha ansia contaba los días y meses cuando entraban y cuando salían, y como era nueva, en los comienzos de la preñez, maravillábase de un punto y toque tan sutil crecer en tanta abundancia su vientre. Pero aquellas furias espantables y pestíferas, ya deseaban lanzar el veneno de serpientes, y con esta priesa aceleraban su camino por la mar cuanto podían.

En esto el marido de nuevo tornó amonestar a Psiches de esta manera: "Ya se te llega el último día y la caída postrimera, porque tu linaje y la sangre tu enemiga ya ha tomado armas contra ti, y mueve su real y compone sus batallas, y hace tocar las trompetas, y, diciéndolo más claro, las malvadas de tus hermanas, con la espada sacada, te quieren degollar. ¡Oh cuántas fatigas nos atormentan por eso! tú, muy dulce señora, ten misericordia de ti y de mí, y con grande continencia callando lo que te he dicho, libra a tu casa y marido y este nuestro hijo de la caída de la fortuna que te amenaza, y a estas falsas y engañosas mujeres, las cuales según el odio mortal te tienen y el vínculo de la hermandad ya está quebrantado y roto, y no te conviene llamar hermanas, ni las veas ni las oigas, porque ellas vendrán a sentarse encima de aquel risco como las sirenas de la mar, y harán sonar todos estos montes y valles con sus voces y llantos."

Entonces Psiches, llorando, le dijo: "Bien sabes tú, señor, que yo no soy parlera, y ya el otro día me enseñaste la fe que había de guardar y lo que había de callar, así que ahora tú no verás que yo mude la constancia y firmeza de mi ánimo; solamente te ruego que mandes otra vez al viento que haga su oficio y que sirva en lo que le mandare, y en lugar de tu vista, pues me la niegas, al menos consiente que yo goce de la vista de mis hermanas; esto, señor, te suplico por estos tus cabellos lucidos y olorosos, y por este tu rostro semejante al mío, y por el amor que te tengo, aunque no te conozco de vista. Así conozca yo tu cara en este niño que traigo en el vientre, que tú, señor, concedas a mis ruegos, haciendo que yo goce de ver y hablar a mis hermanas. Y de aquí adelante no curaré más de querer conocer tu cara, y no me curo que las tinieblas de la noche me quiten tu vista, pues yo tengo a ti, que eres mi lumbre." Con estas blandas palabras, abrazando a su marido y llorando, limpiaba las lágrimas con sus cabellos, tanto que él fue vencido y prometió de hacer todo lo que ella quería, y luego antes que amaneciese se partió de ella como acostumbraba.

Las hermanas, con su mal propósito, en llegando, no curaron de ver a sus padres, sino en saliendo de las naos, derecho se fueron corriendo cuanto pudieron a aquel risco, adonde, con el ansia que tenían, no esperaron que el viento les ayudase, antes con temeridad y audacia se lanzaron de allí abajo. Pero el viento, recordándose de lo que su señor le había mandado, recibiólas en sus alas, aunque contra su voluntad, y púsolas muy mansamente en el suelo. Ellas, sin ninguna tardanza, lánzanse luego en casa y van abrazar a la que querían perder, y mintiendo el nombre de hermanas, encubrieron con sus caras alegres el tesoro de su escondido engaño, y comenzáronle a lisonjear de esta manera: "Hermana Psiches, ya no eres niña como solía; ya nos parece que eres madre. ¿Cuánto bien

piensas que nos traes en este tu vientre? ¿Cuánto gozo piensas que darás a toda tu casa? ¡Oh, cuán bienaventuradas somos nosotras que tenemos linaje en tantas riquezas, que si el niño pareciere a sus padres, como es razón, cierto él será el dios Cupido que nacerá!" Con este amor y afección fingido, comienzan poco a poco a ganar la voluntad de su hermana. Ella las mandó asentar en sus sillas para que descansasen y luego las hizo lavar en el baño, y después de lavadas sentáronse a la mesa, donde les fueron dados manjares reales en abundancia, y luego vino la música, y comenzaron a cantar y a tañer muy suavemente, lo cual aunque no veían quien lo hacía, era tan dulce música, que parecía cosa celestial. Pero con todo esto no se amansaba la maldad de las falsas mujeres, ni pudieron tomar espacio ni holganza con todo aquello, antes procuraban de armar su lazo de engaños que traían pensado. Y comenzaron disimuladamente a meter palabras, preguntándole qué tal era su marido y de qué nación o ley venía. Psiches, con su simpleza, habiéndosele olvidado lo que su marido le encomendara, comenzó a fingir una nueva razón, diciendo que su marido era de una gran provincia, y que era mercader que trataba grandes mercaderías, y que era hombre de más de media edad, que ya le comenzaban a nacer canas. No tardó mucho en esta habla que luego las cargó de joyas y ricos dones, y mandó al viento que las llevase.

Después que el viento las puso en aquel risco, tornáronse a casa altercando entre sí de esta manera: "¿Qué podemos decir de una tan gran mentira como nos dijo aquella loca? Una vez nos dijo que era su marido un mancebo que entonces le apuntaban las barbas. Ahora dice que es de más de media edad y ya tiene canas. ¿Quién puede ser aquel que en tan poco espacio de tiempo le vino la vejez? Cierto, hermana, tú hallarás que, o esta mala hembra nos miente, o ella no conoce quien es su marido. Y cualquier cosa de estas que sea nos conviene que la echemos de estas riquezas, y si por ventura

no conoce a su marido, cierto por eso se casó ella y nos trae algún dios en su vientre. Y si así fuese, lo cual nunca dios quiera que ésta oyese ser madre de niño divino, luego me ahorcaría con una soga! Así que tornemos a nuestros padres y callémonos ésto, encubriéndolo con el mejor color que podremos." En esta manera inflamadas de la envidia, tornáronse a casa y hablaron a sus padres aunque de mala gana. Aquella noche, sin poder dormir sueño, turbadas de la pena y fatiga que tenían, luego como amaneció, corrieron cuanto pudieron hasta el risco, de donde con la ayuda del viento acostumbrado volaron hasta casa de Psiches; y con unas pocas de lágrimas que por fuerza y apretando los ojos sacaron, comenzaron a hablar a su hermana de esta manera:

"Tú piensas que eres bienaventurada y estás muy segura y sin cuidado, no sabiendo cuanto mal y peligro tienes; pero nosotras, que con gran cuidado velamos sobre lo que te cumple, mucho somos fatigadas con tu daño, porque has de saber que hemos hallado por verdad que este tu marido que se echa contigo, es una serpiente grande y venenosa, lo cual con el dolor y pena que de tu mal tenemos, no te podemos encubrir; y ahora se nos recuerda de lo que el dios Apolo respondió cuando le consultaron sobre tu casamiento, diciendo que tú eras señalada para casarte con una cruel bestia. Y muchos de los vecinos de estos lugares que andan a cazar por estas montañas, y otros labradores, dicen que han visto este dragón cuando a la tarde torna de buscar de comer, que se echa a nadar por este río para pasar acá, y todos afirman que te quiere engordar con estos regalos y manjares que te da, y cuando esta tu preñez estuviere más crecida y tú estuvieres bien llena, por gozar de más hartura, que te ha de tragar; así que en esto está ahora tu estimación y juicio. Si por ventura quieres más, o creer a tus hermanas, que por tu salud andan solícitas y que vivas con nosotras segura de peligro, huyendo de la muerte; o si quieres quizá ser enterrada en las entrañas de esta

cruelísima bestia. Porque si las voces solas que en este campo oyes, o el escondido placer y peligroso dormir juntándote con este dragón, te deleitan, sea como tú quisieres, que nosotras con esto cumplimos, y ya habemos hecho oficio de buenas hermanas."

Entonces la mezquina de Psiches, como era muchacha y de noble condición, creyó lo que le dijeron, y con palabras tan espantables salió cuasi fuera de seso, por lo cual se olvidó de las amonestaciones de su marido y de todos los prometimientos que ella le hizo, y lanzóse en el profundo de su desdicha y desventura, y temblando, la color amarilla, no pudiendo cuasi hablar, cortándosele las palabras, y medio hablando, como mejor pudo les dijo de esta manera: "Vosotras, señoras hermanas, hacéis oficio de piedad y virtud, como es razón: y creo yo muy bien que aquellos que tales cosas os dijeron no fingieron mentira, porque yo hasta hoy nunca pude ver la cara de mi marido, ni supe de dónde se es. Solamente lo oigo hablar de noche, y con esto paso y sufro marido incierto y que huye de la luz, y de esta manera consiento que digáis que tengo una gran bestia por marido, y que me espanta diciendo que no lo puedo ver, y siempre me amenaza que me vendrá gran mal si porfío a querer ver su cara. Y pues que así es, ahora podéis socorrer al peligro de vuestra hermana con alguna ayuda y favor saludable, hacedlo y socorredme, porque si no lo hacéis, podré muy bien decir que la negligencia siguiente corrompe el beneficio de la providencia pasada."

Cuando las dos malas mujeres hallaron el corazón y voluntad de Psiches descubierto para recibir lo que le dijesen, dejados los engaños secretos, comenzaron con las espadas descubiertas públicamente a combatir el pensamiento temeroso de la simple mujer, y la una de ellas dijo de esta manera: "Porque el vínculo de nuestra hermandad nos compele por tu salud a quitarte delante los ojos cualquier peligro, te mostraremos un camino que días ha habemos pensado, el cual sólo te sacará a puerto de salud, y es éste: Tú has de esconder secretamente, en la parte de la cama donde te sueles acostar, una navaja bien aguda que en la palma de la mano se aguzó, y pondrás un candil lleno de aceite bien aparejado y encendido debajo de alguna cobertura, al canto de la sala, y con todo este aparejo muy bien disimulado, cuando viniere aquel serpiente y subiere en la cama como suele, desde que ya tú veas que él comienza a dormir y con el gran sueño comienza a resollar, salta de la cama, y, descalza, muy paso, saca el candil debajo de donde está escondido y toma de consejo del candil oportunidad para la hazaña que quieres hacer, y con aquella navaja, alzada primeramente la mano derecha, con el mayor esfuerzo que pudieres, da en el nudo de la cerviz de aquella serpiente venenosa, y córtale la cabeza, y no pienses que te faltará nuestra ayuda, porque luego que tú con su muerte hayas traído vida para ti, estaremos esperándote con mucha ansia, para que, llevándote aquí con todos estos tus servidores y riquezas que aquí tienes, te casemos como deseamos con hombre humano, siendo tú mujer humana." Con estas palabran encendieron tanto las entrañas de su hermana, que la dejaron cuasi del todo ardiendo. Y ellas, temiendo del mal consejo que daban a la otra no les viniese algún gran mal por ello, se partieron y con el viento acostumbrado se fueron hasta encima del risco, de donde huyeron lo más presto que pudieron y entráronse en sus naos y fuéronse a sus tierras.

Psiches quedó sola, aunque quedando fatigada de aquellas furias no éstaba sola, pero llorando fluctuaba su corazón, como la mar cuando anda con tormenta, y como quier que ella tenía deliberado con voluntad muy obstinada el consejo que le habían dado, pensando cómo había de hacer aquel negocio, pero todavía titubeaba y estaba incierta del consejo, pensando en el mal que le podía venir, y de esta manera, ya lo quería hacer, ya lo quería dilatar; ahora osaba, ahora temía; ya desconfiaba, ya se enojaba. En fin, lo que más le fatigaba era que en un

mismo cuerpo aborrecía a la serpiente y amaba a su marido. Cuando ya fué tarde, que la noche se venía, ella comenzó aparejar con mucha priesa aquel aparato de su mala hazaña.

Y siendo de noche, vino el marido a la cama, el cual desde que hubo burlado con ella, comenzó a dormir con gran sueño. Entonces Psiches, como quier que era delicada del cuerpo y del ánimo, pero ayudándole la crueldad de su hado, se esforzó, y sacado el candil debajo de donde estaba, tomó la navaja en la mano y su osadía venció y mudó la flaqueza de su género. Como ella alumbrase con el candil y pareciese todo el secreto de la cama, vió una bestia la más mansa y dulcísima de todas las fieras, digo que era aquel hermoso dios del amor que se llama Cupido, el cual estaba acostado muy hermosamente, y con su vista alegrándose la lumbre de la candela, creció, y la sacrílega y aguda navaja resplandeció.

Cuando Psiches vió tal vista, espantada y puesta fuera de sí, desfallecida, con la color amarilla, temblando, se cortó y cayó sobre las rodillas, y quiso esconder la navaja en su seno, e hiciéralo salvo por el temor de tan gran mal como quería hacer, se le cayó la navaja de las manos. Estando así fatigada y desfallecida, cuanto más miraba la cara divina de Cupido, tanto más recreaba con su hermosura.

Ella le veía los cabellos como hebras de oro, llenos de olor divino, el cuello blanco como la leche, la cara blanca y roja, como rosas coloradas, y los cabellos de oro colgando por todas partes, que resplandecían como el sol y vencían a la lumbre del candil. Tenía así mismo en los hombros péñolas de color de rosas y flores, y como quier que las alas estaban quedas, pero las otras plumas debajo de las alas tiernas y delicadas, estaban temblando muy galanamente, y todo lo otro del cuerpo estaba hermoso y sin plumas, como convenía a hijo de la diosa Venus, que lo parió sin arrepentirse por ello.

Estaba ante los pies de la cama el arco y las saetas, que son armas del dios de

amor, lo cual todo estando mirando Psiches, no se hartaba de mirarlo; maravillándose de las armas de su marido, sacó del carcaj una saeta, y estándola tentando con el dedo, a ver si era aguda como decían, hincósele un poco de la saeta, de manera que le comenzaron a salir unas gotas de sangre de color de rosas. Y de esta manera Psiches, no sabiéndolo, cayó y fué presa en amor del dios de amor. Entonces, con mucho mayor ardor de amor se abajó sobre él y le comenzó a besar con tan gran placer, que temía no despertase tan presto.

Estando ella en este placer herida del amor, el candil que tenía en la mano, o por no serle fiel, o de envidia mortal, o que por ventura él también quiso tocar el cuerpo de Cupido, o quizá besarlo, lanzó de sí una gota de aceite hirviendo y cayó sobre el hombro derecho de Cupido. ¡Oh candil osado y temerario, y vil servidor del amor! Tú quemas al dios de todo el fuego, porque tú para esto no eras menester, sino que algún enamorado te halló primeramente para gozar en la oscuridad de la noche de lo que bien quería!

De esta manera el dios Cupido, quemado, saltó de la cama, y conociendo que su secreto era descubierto, callando desapareció y huyó de los ojos y manos de la desdichada de su mujer. Psiches arrebató con ambas manos la pierna derecha de Cupido que se levantaba, y así fué colgando de sus pies por las nubes del cielo, hasta tanto que cansada cayó en el suelo. Pero el dios del amor no la quiso desamparar caída en tierra, y vino volando a sentarse en un ciprés que allí estaba cerca, de donde con mucho enojo gravemente la comenzó a increpar, diciendo en esta manera:

"Oh Psiches, mujer simple, yo, no recordándome de los mandamientos de mi madre Venus, la cual me había mandado que te hiciese ser enamorada de un hombre muy miserable, de bajo linaje, te quise bien y fuí tu enamorado, pero esto que hice, bien sé que fué hecho livianamente. Y yo mismo, que soy ballestero para los otros, me herí con mis saetas y te tomé por mi mujer. ¿Parece que lo hice yo por

parecerte serpiente, y porque tú cortases esta cabeza que trae los ojos que bien te quisieron? ¿No sabes tú cuantas veces te decía que te guardases de esto, y benignamente te avisaba porque te apartaras de ello? Pero aquellas buenas mujeres tus consejeras, prestamente me pagarán el consejo que te dieron, y a ti con mi ausencia, huyendo de ti, te castigaré." Diciendo esto, levantóse con sus alas y voló en alto hacia el cielo.

Psiches quedó echada en tierra, y cuanto podía con la vista miraba como su marido iba volando, y afligía su corazón con muchos lloros y angustias. Después que su marido desapareció volando por las alturas del cielo, ella, desesperada, estando en la ribera de un río, lanzóse de cabeza dentro, pero el río se tornó manso por honra y servicio del dios del amor, cuya mujer era ella, el cual suele inflamar de amor a las mismas aguas y a las ninfas de ellas. Así que, temiendo, de sí mismo tomóla con las ondas sin hacerle mal, y púsola sobre las flores y hierbas de su ribera.

Acaso el dios Pan, que es dios de las montañas, estaba asentado en un altozano cerca del río, el cual estaba tañendo con una flauta, y enseñando a tañer a la ninfa Caña. Estaban así mismo alderredor de él una manada de cabras, que andaban paciendo los árboles y matas que estaban sobre el río. Cuando el dios Peloso vió a Psiches tan desmayada y así herida de dolor, que ya él bien sabía su desdicha y pena, llamóla y comenzóla a halagar y consolar con blandas palabras, diciéndo de esta manera: "Doncella sabida y hermosa: como quiera que yo soy pastor y rústico, pero por ser viejo soy instruído de muchos experimentos, de manera que, si bien conjeturo aquello que los prudentes varones llaman adivinanza, yo conozco de este tu andar titubeando con los pies, y de la color amarilla de tu cara y de tus grandes suspiros y lágrimas de los ojos, bien creo cierto que tú andas fatigada y muerta de gran dolor, pues que así es, tú escúchame y no tornes a lanzarte dentro en el río, ni te mates con ninguno otro género de muerte. Quita de ti el luto y deja de llorar. Antes procura de aplacar con plegarias al dios Cupido, que es mayor de los dioses, y trabaja por merecer su amor con servicios y halagos, porque es mancebo delicado y muy regalado."

Como esto acabó de decir el dios Pastor, Psiches sin responderle palabra ninguna, sino solamente adorando su deidad comenzó a andar su camino, y antes que hubiese andado mucho camino, entró por una senda que atravesaba, por la cual yendo, llegó a una ciudad a donde era el reino del marido de una de aquellas sus dos hermanas. Y como la reina su hermana supo que estaba allí, mandóla entrar. Y después que se hubieron abrazado ambas a dos, preguntóle qué era la causa de su venida.

Psiches le respondió: "¿No te recuerdas tú, señora hermana, el consejo que me distes ambas a dos que matase a aquella gran bestia que se echaba conmigo de noche en nombre de mi marido, antes que me tragase y comiese, para lo cual me distes una navaja? lo cual como yo quisiese hacer, tomé un candil, y luego que miré su gesto y cara, veo una cosa divina y maravillosa: al hijo de la diosa Venus, digo al dios Cupido, que es dios del amor, que estaba hermosamente durmiendo y como yo estaba incitada de tan maravillosa vista, turbada de tan gran placer, y no me hartase de ver aquel hermoso gesto, a caso fortuito y pésimo rehirvió el aceite del candil que tenía en la mano, y cayó una gota hirviendo en su hombro, y con aquel gran dolor despertó, y como me vió armada con hierro y fuego, díjome: "Y ¿cómo has hecho tan gran maldad y traición? ¡Toma luego todo lo tuyo y vete de mi casa!" Demás de esto dijo: "Yo tomaré a tu hermana en tu lugar y me casaré con ella, dándole arras y dote." Diciendo esto, mandó al viento cierzo que me aventase fuera de los términos de su casa.

No había acabado Psiches de hablar estas palabras, cuando la hermana, estimulada e incitada de mortal envidia, compuesta una mentira para engañar a su marido, diciendo que había sabido de

la muerte de sus padres, metióse en una nao y comenzó de andar hasta que llegó a aquel risco grande, en el cual subió, y como quier que otro viento a la hora ventaba, pero ella, con aquella ansia y con ciega esperanza, dijo: "¡Oh Cupido, recíbeme, que soy digna para ser tu mujer! ¡y tú, viento cierzo, recibe a tu señora!" Con estas palabras dió un salto grande del risco abajo. Pero ella ni viva ni muerta pudo llegar al lugar que deseaba, porque por aquellos riscos y piedras se hizo pedazos como ella merecía. Y así murió, haciéndose manjar de las aves y bestias de aquel monte.

Tras de esta, no tardó mucho la pena y venganza de la otra su hermana. Porque yendo Psiches por su camino, más adelante llegó a otra ciudad, en la cual moraba la otra su hermana según que habemos dicho; la cual así mismo, con engaño de su hermandad, hizo ni más ni menos que la otra, que queriendo el casamiento que no le cumplía, fuese cuanto más presto pudo a aquel risco, de donde cayó y murió como hizo la otra.

Entre tanto Psiches, andando muy congojosa en busca de su marido Cupido, cercaba todos los pueblos y ciudades. Pero él, herido de la llaga que le hizo la gota de aceite del candil, estaba echado enfermo, gimiendo, en la cámara de su madre. Entonces una ave blanca que se llama gaviota, que anda nadando con sus alas sobre las ondas de la mar, zabullóse cerca del profundo del mar océano, y halló allí a la diosa Venus, que se estaba lavando y nadando en aquel agua, a la cual se llegó y le dijo cómo su hijo Cupido estaba mal de una grave llaga de fuego que le daba mucho dolor, llorando y en mucha duda de su salud, por la cual causa toda la gente y familia de Venus era infamada y vituperada por los pueblos y ciudades de toda la tierra, diciendo que él se había ocupado y apartado con una mujer serrana y montañesa, "y tú así mismo te has apartado andando en la mar, nadando y a tu placer, y por esto ya no hay entre las gentes placer ninguno, ni gracia, ni hermosura, pero todas las cosas están rústicas, groseras

y sin atavío. Ya ninguno se casa, ni nadie tiene amistad con mujer ni amor de hijos, sino todo al contrario, sucio y feo, y para todos enojoso." Cuando aquella ave parlera dijo estas cosas a Venus, reprendiendo a su hijo Cupido, Venus, con mucha ira, exclamó fuertemente, diciendo: "¡Parece ser que ya aquel bueno de mi hijo tiene alguna amiga! Hazme tanto placer, tú que me sirves con más amor que ninguna, que me sepas el nombre de aquella que engañó a este muchacho sin barbas y de poca edad, ahora sea alguna de las ninfas, o del número de las diosas, o ahora sea del coro de las musas o del ministerio de mis gracias." Aquella ave parlera no calló lo que sabía, diciendo: "Por cierto, señora, no sé bien como se llama, mas pienso, si bien me recuerdo, que tu hijo ama y muere por una que se llama Psiches." Entonces Venus, indignada, comenzó a dar voces, diciendo: "Ciertamente él debe amar a aquella Psiches que pensaba tener mi gesto y era envidiosa de mi nombre. De lo que más tengo enojo en este negocio, es que me hizo a mí su alcahueta, porque yo le mostré y enseñé por donde conociese aquella moza."

De esta manera riñendo y gritando, prestamente se salió de la mar y fuese luego a su cámara, adonde halló a su hijo mal, según lo había oído. Y desde la puerta comenzó a dar voces, diciendo de esta manera: "¡Honesta cosa es, y que cumple mucho a nuestra honra y a tu buena fama, lo que has hecho! ¿Parécete buena cosa menospreciar y tener en poco los mandamientos de tu madre, que más es tu señora, dándome pena con los sucios amores de mi enemiga, la cual en esta tu pequeña edad juntaste contigo con tus atrevidos y temerarios pensamientos? Piensas tú que tengo yo de sufrir por amor de ti, nuera que sea mi enemiga? Pero tú, mentiroso y corrompedor de buenas costumbres, ¿presumes que tú solo eres engendrado para los amores, y que yo, por ser ya mujer de edad, no podré parir otro Cupido? Pues quiero ahora que sepas que yo podré engendrar otro hijo mucho mejor que tú, y aun por-

que más sientas la injuria, adoptaré por hijo a alguno de mis esclavos y servidores, y darle he alas y llamas de amor, con el arco y las saetas y todo lo otro que te dí a ti, no para estas cosas en que tú andas, que aun bien sabes tú que de los bienes de tu padre ninguna cosa te he dado para esta negociación. Pero tú, como desde muchacho fuiste malcriado, y tienes las manos agudas, muchas veces, sin reverencia ninguña, tocaste a tus mayores y aun mí, que soy tu madre. A mí misma digo, que como parricida cada día me descubres, y muchas veces me has herido, y ahora menospreciarme como si fuese viuda, que aun no temes a tu padrasto el dios Marte, muy fuerte y grande guerreador. ¿Qué puedo yo decir en esto, que tú muchas veces, por darme pena, acostumbraste darle mujeres? Pero yo te haré que te arrepientas de este juego, y que tú sientas bien estas acedas y amargas bodas que hiciste, como quier que esto que digo es por demás, porque éste burlará de mí. Pues ¿qué haré ahora, o en qué manera castigaré este bellaco?

No sé si pida favor de mi enemiga la Templanza, la cual yo ofendí muchas veces por la lujuria y vicio de éste. Como quier que sea, yo delibero de ir a hablar con esta dueña, aunque sea rústica y severa; pena recibo en ello, pero no es de desechar el placer de tanta venganza, y por esto yo le quiero hablar, que no hay otra ninguna que mejor castigue a este mentiroso, y le quite las saetas y el arco, y le desnude de todos sus fuegos de amores; y no solamente hará esto, pero a su persona misma resistirá con fuertes remedios. Entonces pensaré yo que mi injuria está satisfecha, cuando le rayere de la cabeza aquellos cabellos de color de oro que muchas veces le atavié con estas mis manos, y cuando le tresquilare aquellas alas que yo en mi halda le unté con algalia y almizcle muchas veces."

Después que Venus hubo dicho todas estas palabras, salióse fuera muy enojada, diciendo palabras de enojo, pero la diosa Ceres, y Juno, como la vieron enojada, la fueron a acompañar, y le preguntaron qué era la causa porque traía el

gesto tan turbado y los ojos que resplandecían de tanta hermosura traía tan revueltos, mostrando su enojo. Ella respondió: "A buen tiempo venís para preguntarme la causa de este enojo que traigo; aunque no por mi voluntad, sino porque otro me lo ha dado, por ende yo os ruego que con todas vuestras fuerzas me busquéis a aquella huidora de Psiches, do quier que la hallareis porque yo bien sé que vosotras sabéis toda la historia de lo que ha acontecido en mi casa de este hijo, que no oso decir que es mío."

Entonces ellas, sabiendo bien las cosas que habían pasado, deseando amansar la ira de Venus, comenzáronle a hablar de esta manera: "¿Qué tan gran delito pudo hacer tu hijo, que tú, señora, estés contra él enojada con tan gran pertinacia y melancolía, y que aquella que él mucho ama tú la desees destruir? Porque te rogamos que mires bien si es crimen para éste que le pareciese bien una doncella. ¿No sabes tú que es hombre? ¿Hásete ya olvidado cuántos años ha tu hijo? ¿Por que es mancebo y hermoso, tú piensas que es todavía muchacho? ¿Tú eres su madre, y mujer de seso, y siempre has experimentado los placeres y juegos de tu hijo, y tú culpas en él y reprendes sus artes y vicios y amores, y quieres encerrar la tienda pública de los placeres de las mujeres?"

En esta manera ellas querían satisfacer al dios Cupido, aunque estaba ausente, por miedo de sus saetas. Mas Venus, viendo que ellas trataban su injuria burlándose de ella, dejándolas a ellas con la palabra en la boca, cuanto más prontamente pudo tomó su camino para la mar, de donde había salido.

* * *

Entre tanto Psiches discurría y andaba por diversas partes y caminos, buscando de día y de noche con mucha ansia y trabajo si podría hallar rastro de su marido, y tanto más le crecía el deseo de hallarlo, cuanto era la pena que traía en buscarlo, y deliberaba entre sí que si no lo pudiese con sus halagos, como su mujer, amansar, que al menos, como sierva,

con sus ruegos y oraciones lo aplacaría. Yendo en esto pensando, vió un templo encima de un alto monte, y dijo: "¿Dónde sé yo ahora si por ventura mi señor mora en este templo? y luego enderezó el paso hacia allá, el cual, como quier que ya le desfallecía, por los grandes y continuos trabajos, pero la esperanza de hallar a su marido lo aliviaba. Así que, habiendo ya subido y pasado todos aquellos montes, llegó al templo y entróse dentro, donde vió muchas espigas de trigo y cebada, hoces y otros instrumentos para segar, pero todo estaba por ese suelo sin ninguna orden, confuso, como acostumbran a hacer los segadores cuando con el trabajo se les cae de las manos. Psiches, como vió todas estas cosas derramadas, comenzó a apartar cada cosa por su parte y componerlo y ataviarlo todo, pensando, como era razón, que de ningún dios se deben menospreciar sus ceremonias, antes procurar de siempre tener propicia su misericordia.

Estando Psiches ataviando y componiendo estas cosas, entró la diosa Céres, y como la vió, comenzó de lejos a dar grandes voces, diciendo: "¡Oh Psiches desventurada: la diosa Venus anda por todo el mundo con grandísima ansia buscando rastro de ti, y con cuanta furia puede desea y busca traerte a la muerte, y con toda la fuerza de su deidad procura haber venganza de ti, y tú ahora estás aquí teniendo cuidado de mis cosas! ¿Cómo puedes tú pensar otra cosa sino lo que cumple a tu salud?

Entonces Psiches lanzóse a sus pies y comenzólos a regar con sus lágrimas, y barrer la tierra con sus cabellos, suplicándole y pidiéndole perdón con muchos ruegos y plegarias, diciendo: "Ruégote, señora, por la tu diestra mano sembradora de los panes, y por las ceremonias alegres de las sementeras, y por los secretos de las canastas de pan, y por los carros que traen los dragones tus siervos, y por las aradas y barbechos de Sicilia, y por el carro de Plutón que arrebató a Proserpina, y por el descendimiento de sus bodas, y por la tornada cuando tornó con las hachas ardiendo de buscar a tu hija, y

por el sacrificio de la ciudad Eleusina, y por las otras cosas y sacrificios que se hacen en silencio, que tú socorras a la triste ánima de tu sierva Psiches, y consiénteme que entre estos montones de espigas me pueda esconder algunos pocos de días, hasta que la cruel ira de tan gran diosa como es Venus por espacio de algún tiempo se amanse, o hasta que al menos mis fuerzas, cansadas de tan continuo trabajo, con un poco de reposo se restituyan."

Céres le respondió: "Ciertamente yo me he conmovido a compasión por ver tus lágrimas y lo que me ruegas, y deséote ayudar. Pero no quiero incurrir en desgracia de aquella buena mujer de mi cuñada, con la cual tengo antigua amistad. Así que tú pártete luego de mi casa, y recibe en gracia que no fuiste presa por mí ni retenida."

Cuando esto oyó Psiches, contra lo que ella pensaba, afligida de doblada pena y enojo, tomó su camino tornando para atrás, y vió un templo que estaba en una selva de árboles muy grandes, en un valle, el cual era edificado muy pulidamente, y como ella se tuviese por dicho ninguna vía dudosa o de mejor esperanza jamás dejarla de probar, y que andaba buscando socorro de cualquier dios que hallase, allegóse a la puerta del templo, y vió muy ricos dones de ropas y vestiduras colgadas de los postes y ramos de los árboles, con letras de oro que declaraban la causa porque eran allí ofrecidas, y el nombre de la diosa a quien se daban. Entonces Psiches, las rodillas hincadas, abrazando con sus manos el altar, y limpiadas las lágrimas de sus ojos, comenzó a decir de esta manera: "Oh tú, Juno, mujer y hermana del gran Júpiter, o tú estás en el antiguo templo de la isla de Samos, la cual se glorifica porque tú naciste allí y te criaste, o estás en las sillas de la alta ciudad de Cartago, la cual te adora como a doncella, que fuiste llevada al cielo encima de un león, o si por ventura estás en la ribera del río Inaco, el cual hace memoria de ti, que eres casada con Júpiter y reina de las diosas, o tú estás en las ciudades magníficas de los griegos, adonde todo Oriente te honra como a diosa de

los casamientos, y todo Occidente te llama Lucina; a do quier que estés, te ruego que socorras a mis extremas necesidades, y a mí, que estoy fatigada de tantos trabajos pasados, plégate* librarme de tan gran peligro como está sobre mí, porque yo bien sé que de tu propia gana y voluntad acostumbras socorrer a las preñadas que están en peligro de parir."

Acabado de decir esto, luego le apareció la diosa Juno con toda su majestad, y díjole: "Por dios, que yo querría dar mi favor y todo lo que pudiese a tus rogativas, pero contra la voluntad de Venus mi nuera, la cual siempre amé en lugar de hija, no lo podría hacer, porque la vergüenza me resiste. Además de esto, las leyes prohiben que nadie pueda recibir a los esclavos fugitivos contra voluntad de sus señores."

Con este naufragio de la fortuna, espantada Psiches, viendo así mismo que ya no podía alcanzar a su marido, que andaba volando, desesperada de toda salud, comenzó a aconsejarse con su pensamiento en esta manera: "¿Qué remedio se puede ya buscar ni tentar para mis penas y trabajos, a los cuales el favor y ayuda de las diosas, aunque ellas lo querían, no pudo aprovechar? pues que así es, ¿adónde podría yo huir, estando cercada de tantos lazos? ¿En qué casas o en que soterraños me podría esconder de los ojos inevitables de la gran diosa Venus? Pues que no puedes huir, toma corazón de hombre, y fuertemente resiste a la quebrada y perdida esperanza, y ofrécete de tu propia gana a tu señora, y con esta obediencia, aunque sea tarde, amansarás su ímpetu y saña. ¿Qué sabes tú si por ventura hallarás allí en casa de la madre al que muchos días ha que andas a buscar?" De esta manera aparejada para el dudoso servicio y cierto fin, pensaba entre sí el principio de su futura suplicación.

---

* Que te plazca, que te agrade.

En este medio tiempo, Venus, enojada de andar a buscar a Psiches por la tierra, acordó de subirse al cielo, y mandó aparejar su carro, el cual Vulcano su marido muy sutil y pulidamente había fabricado

y se lo había dado en arras de su casamiento, hecho las ruedas de manera de la luna, muy rico y precioso, con daño de tanto oro y de muchas otras aves que estaban cerca. De la cámara de Venus salieron cuatro palomas muy blancas, pintados los cuellos, y pusiéronse para llevar el carro, y recibida la señora encima del carro, comenzaron a volar alegremente, y tras del carro de Venus comenzaron a volar muchos pájaros y aves, que cantaban muy dulcemente, haciendo saber como Venus venía! Las nubes dieron lugar, los cielos se abrieron, y el más alto de ellos la recibió alegremente. Las aves que iban cantando con ella, no temían las águilas y halcones que encontraban.

En esta manera Venus llegó al palacio real de Júpiter, y con mucha osadía y atrevimiento pidió a Júpiter que mandase al dios Mercurio le ayudase con su voz, que había menester para cierto negocio. Júpiter se lo otorgó, y mandó que así se hiciese. Entonces ella alegremente, acompañándola Mercurio, se partió del cielo, la cual en esta manera habló a

Mercurio: "Hermano de Arcadia: tú sabes bien que tu hermana Venus nunca hizo cosa alguna sin tu ayuda y presencia; ahora tú no ignoras cuánto tiempo há que yo no puedo hallar a aquella mi sierva, que se anda escondiendo de mí, así que ya no tengo otro remedio sino que públicamente tú pregones que le será dado gran premio a quien la descubriere. Por ende te ruego que hagas prestamente lo que digo. Y en tu pregón da las señales e indicios por donde manifiestamente se puede conocer. Porque si alguno incurriere en crimen de encubrirla ilícitamente, no se puede defender con excusación de ignorancia"; y diciendo esto, le dió un memorial, en el cual se contenía el nombre de Psiches y las otras cosas que había de pregonar, y hecho esto, luego se fué a su casa.

No olvidó Mercurio lo que Venus le mandó hacer, y luego se fué por todas las ciudades y lugares, pregonando de esta manera: "Si alguno tomare o mostrare dónde está Psiches, hija del rey y sierva de Venus, que anda huida, véngase a

Mercurio pregonero, que está tras el templo de Venus, y allí recibirá por galardón de su indicio, de la misma diosa Venus, site besos muy suaves y otro muy más dulce." De esta manera pregonando Mercurio, todos los que lo oían, con codicia de tanto premio, se aderezaron para buscarla. La cual cosa oída por Psiches, le quitó toda tardanza de irse a presentar ante Venus, y llegando ella ante las puertas de su señora, salió a ella una doncella de Venus, que había nombre Costumbre. La cual, como vió a Psiches, comenzó a dar grandes voces, diciendo: "Vos, doña mala esclava, basta que ya sentís que tenéis señora, aun sobre toda la maldad de tus malas mañas, finges ahora que no sabes cuanto trabajo habemos pasado buscándote. Pero bien está; pues que caiste en mis manos, haz cuenta que caiste en la cárcel del infierno y donde no podrás salir, y que prestamente recibirás la pena de tu contumacia y rebeldía." Diciendo esto, arremetió a ella y con gran audacia echóle mano de los cabellos y comenzóla a llevar ante Venus, como quier que Psiches no resistía la ida. La cual, luego que Venus la vió, comenzóse de reir como suelen hacer los que están con mucha ira, y meneando la cabeza, rascándose en la oreja, comenzó a decir: "Basta, que ya fuiste contenta de hablar a tu suegra; y, por cierto, antes creo yo que lo hiciste por ver a tu marido, que está a la muerte de la llaga de tus manos. Pero está segura, que yo te recibiré como conviene a buena nuera"; y como esto dijo, mandó llamar a sus criadas la Costumbre y la Tristeza, y las cuales, como vinieron, mandó que azotasen a Psiches. Ellas, siguiendo el mandamiento de su señora, dieron tantos de azotes a la mezquina de Psiches, que la afligieron y atormentaron, y así la tornaron a presentar otra vez ante su señora.

Cuando Venus la vió, comenzóse otra vez a reir, y dijo: "¿Y aun veis como en el alcahuetería de su vientre hinchado nos conmueve a misericordia? Piensa hacerme abuela bien dichosa con lo que saliere de esta su preñez. ¡Dichosa yo, que en la flor de mi juventud me llamarán

abuela, y el hijo de una esclava bellaca oirá que le llamen nieto de Venus! Pero necia soy en esto yo, porque por demás puedo decir que mi hijo es casado, porque estas bodas no son entre personas iguales, y demás de esto fueron hechas en un monte, sin testigos y no consintiendo su padre, por lo cual estas bodas no se pueden decir legítimamente hechas, por esto, si yo consiento que tú hayas de parir, al menos nacerá de ti un bastardo."

Y diciendo esto, arremetió con ella y rompióle las tocas, trabándole de los cabellos y dándole de cabezadas que la afligió gravemente. Luego tomó trigo y cebada, mijo, simiente de adormideras, garbanzos, lentejas y habas. Lo cual todo mezclado y hecho un gran montón, dijo a Psiches: "Tú me pareces tan disforme y bellaca esclava, que con ninguna cosa aplaces a tus enamorados sino con los muchos servicios que les haces. Pues yo quiero ahora experimentar tu diligencia. Aparta todos los granos de estas simientes que están juntas en este montón, y cada simiente de estas, muy bien dispuesta y apartada de por sí, me la has de dar antes de la noche"; y dicho esto, ella se fué a cenar a las bodas de sus dioses.

Psiches, embarazada con la grandeza de aquel mandamiento, estaba callando como una muerta, que nunca alzó la mano a comenzar tan grande obra para nunca acabar. Entonces aquella pequeña hormiga del campo, habiendo mancilla* de tan gran trabajo y dificultad como era el de la mujer del gran dios del amor, maldiciendo la crueldad de su suegra Venus, discurrió prestamente por esos campos, y llamó y rogó a todas las batallas y muchedumbre de hormigas, diciéndoles: "¡Oh sutiles hijas y criadas de la tierra, madre de todas las cosas! Habed merced y mancilla, y socorred con mucha velocidad a una moza hermosa, mujer del dios del amor, que está en mucho peligro." Entonces, como ondas de agua, venían infinitas hormigas cayendo unas sobre otras, y con mucha diligencia cada una,

---

* Compasión.

grano a grano, apartaron todo el montón. Después de apartados y divisos todos los géneros de granos de cada montón sobre sí, prestamente se fueron de allí. Luego, al comienzo de la noche, Venus, tornando de su fiesta harta de vino y muy olorosa, llena toda la cabeza y cuerpo de rosas resplandecientes, vista la diligencia del gran trabajo, dijo: "¡Oh mala! No es tuya ni de tus manos esta obra, sino de aquel a quien tú, por tu mal y por el suyo, has aplacido." Y diciendo esto, echóle un pedazo de pan para que comiese, y fuese acostar.

Entre tanto Cupido estaba solo y encerrado en una cámara de las más adentro de casa, el cual estaba allí encerrado, así porque la herida no se le dañase si algún mal deseo le viniese, como porque no hablase con su amada Psiches. De esta manera, dentro de una casa y debajo de un tejado, apartados los enamorados, con mucha fatiga pasaron aquella noche negra y oscura. Después que amaneció, mandó Venus llamar a Psiches, y dijo de esta manera: "¿Ves tú aquella floresta por donde pasa aquel río que tiene aquellos grandes árboles al derredor, debajo del cual está una fuente cerca? ¿Y ves aquellas ovejas resplandecientes y de color de oro, que andan por allí paciendo, sin que nadie las guarde? Pues ve allá luego, y traeme la flor de su precioso vellocino, en cualquier manera que lo puedas haber."

Psiches de muy buena gana, se fué hacia allá, no con pensamiento de hacer lo que Venus le había mandado, mas por dar fin a sus males lanzándose de un risco de aquellos dentro en el río. Cuando Psiches llegó al río, una caña verde que es madre de la música suave, meneada de un dulce aire, por inspiración divina habló de esta manera: "Psiches, tú que has sufrido tantas tribulaciones, no quieras ensuciar mis santas aguas con tu misérrima muerte, ni tampoco llegues a estas espantosas ovejas, porque tomando el calor y ardor del sol, suelen ser muy rabiosas, y con los cuernos agudos y las frentes de piedra, y aun mordiendo con los dientes ponzoñosos, matan a muchos hombres. Pero después que pasare el ardor del medio día, y las ovejas se van a reposar a la frescura del río, podrás esconderte debajo de aquel alto plátano que bebe del agua de este río que yo bebo. Y como tú vieres que las ovejas, pospuesta toda su ferocidad, comienzan a dormir, sacudirás las ramas y hojas de aquel monte que está cerca de ellas, y allí hallarás las vedijas de oro que se apegan por aquellas matas cuando las ovejas pasan." En esta manera la caña, por su virtud y humanidad, enseñaba a la mezquina de Psiches cómo se había de remediar. Ella, cuando esto oyó, no fué negligente en cumplirlo. Pero haciendo y guardando todo lo que ella le dijo, hurtó el oro con la lana de aquellos montes, y cogido lo trajo y echó en el regazo de Venus.

Mas con todo esto nunca mereció cerca de su señora galardón su segundo trabajo, antes, torciendo las cejas, con una risa falsa dijo en esta manera: "Tampoco creo yo ahora que en esto que tú hiciste faltó quien te ayudase falsamente. Pero yo quiero experimentar si por ventura tú lo haces con esfuerzo tuyo y prudencia, o con ayuda de otro. Por ende mira bien aquella altura de aquel monte, adonde están aquellos riscos muy altos, de donde sale una fuente de agua muy negra y desciende por aquel valle donde hace aquellas lagunas negras y turbias, y de allí salen algunos arroyos infernales. De allí, de la altura donde sale aquella fuente, traeme este vaso lleno del rocío de aquella agua." Y diciendo esto, le dió un vaso de cristal, amenazándola con palabras ásperas si no cumpliese lo que le mandaba.

Psiches, cuando esto oyó, aceleradamente se fué hacia aquel monte, para subir encima de él y desde allí echarse para dar fin a su amarga vida. Pero como llegó al derredor de aquel monte, vió una mortal y grande dificultad para llegar a él, porque estaba allí un risco muy alto que parecía que llegaba al cielo, y tan liso que no había quien por él pudiese subir, de encima del cual salía una fuente de agua muy negra y espantable, la cual, saliendo de su nacimiento corría por

aquellos riscos abajo y venía por una canal angosta cercada de muchos árboles, la cual venía a un valle grande, que estaba cercado de una parte y de otra de grandes riscos, adonde moraban dragones espantables, con los cuellos alzados y los ojos tan abiertos para velar, que jamás los cerraban ni pestañeaban, en tal manera que perpetuamente estaban en vela, y como ella llegó allí, las mismas aguas le hablaron, diciéndole muchas veces: "Psiches, apártate de ahí; mira bien lo que haces, y guárdate de hacer lo que quieres; huye luego, si no cata que morirás."

Cuando Psiches vió la imposibilidad que había de llegar a aquel lugar, fué tornada como una piedra, y aunque estaba presente con el cuerpo, estaba ausente con el sentido. En tal manera, que con el gran miedo del peligro estaba tan muerta, que carecía del último consuelo y solaz de lás lágrimas. Pero no pudo esconderse a los ojos de la buena providencia tanta fatiga y tribulación de la inocente Psiches, la cual estando en esta fatiga, aquella ave real de Júpiter que se llama Aguila, abiertas las alas, vino volando súbitamente, recordándose del servicio que antiguamente hizo Cupido a Júpiter cuando por su diligencia arrebató a Ganimedes el troyano para su copero; queriendo dar ayuda y pagar el beneficio recibido en ayudar a los trabajos de Psiches, mujer de Cupido, dejó de volar por el cielo y vínose a la presencia de Psiches, y díjole en esta manera: "¿Cómo tú eres tan simple y necia de las tales cosas, que esperas poder hurtar ni solamente tocar una sola gota de esta fuente no menos cruel que santísima? ¿Tú nunca oiste alguna vez que estas aguas estigias son espantables a los dioses, y aun al mismo Júpiter? Además de esto, vosotros los mortales juráis por los dioses, pero los dioses acostumbran jurar por la majestad del lago estigio: pero dame este vaso que traes." El cual ella le dió, y el águila se lo arrebató de la mano muy presto, y volando entre las bocas y dientes crueles y las lenguas de tres órdenes de aquellos dragones, fué al

agua e hinchó el vaso, consintiéndolo la misma agua, y aun amonestándole que prestamente se fuese antes que los dragones la matasen, el águila fingiendo que por mandado de la diosa Venus y para su servicio había venido por aquella agua; por la cual causa más fácilmente llegó a henchir el vaso y salir libre con ella.

En esta manera tornó con mucho gozo y dió el vaso a Psiches lleno de agua, la cual la llevó luego y la dió a Venus. Pero con todo esto, nunca pudo aplacar ni amansar la ira cruel de Venus, antes ella con su risa mortal como solía, le habló, amenazándola con mayores y más peores tormentos, diciendo: "Ya tú me pareces una maga y gran hechicera, porque muy bien has obtemperado * mis mandamientos y hecho lo que yo te mandé; mas tú, lumbre de mis ojos, aun resta otra cosa que has de hacer. Toma esta bujeta,** la cual luego le dió, y vete a los palacios del infierno, y darás esta bujeta a

---

* Obedecido.

** Pomo para olores y cosas aromáticas.

Proserpina, diciéndole: "Venus te ruega que le des aquí una poca de tu hermosura, que baste siquiera para un día, porque todo lo hermoso que ella tenía lo ha perdido y consumido curando a su hijo Cupido, que está mal"; y torna presto con ella, porque tengo necesidad de lavarme la cara con esto para entrar en el teatro y fiesta de los dioses."

Entonces Psiches, abiertamente sintió su último fin y que era compelida manifiestamente a la muerte que le estaba aparejada. ¿Qué maravilla que lo pensase, pues que era compelida que de su propia gana, por sus propios pies, éntrase al infierno, donde estaban los ánimos de los muertos? Con este pensamiento, no tardó mucho que se fué a una torre muy alta para echarse de allí abajo, porque de esta manera ella pensaba descender muy presto y derechamente a los infiernos. Pero la torre le habló de esta manera: "¿Por qué, mezquina de ti, te quieres matar echándote de aquí abajo, pues que ya este es el último peligro y trabajo que has de pasar?; porque si una vez tu alma

fuere apartada de tu cuerpo, bien podrás ir de cierto al infierno, pero creeme que en ninguna manera podrás tornar a salir de allí. No está muy lejos de aquí una noble ciudad de Acaya que se llama Lacedemonia. Cerca de esta ciudad busca un monte que se llama Ténaro, el cual está apartado en lugares remotos. En este monte está una puerta del infierno, y por la boca de aquella cueva se muestra un camino sin caminantes, por donde, si tú entras, en pasando el umbral de la puerta, por la canal de la cueva derecho podrás ir hasta los palacios del rey Plutón; pero no entiendas que has de llevar las manos vacías, porque te conviene llevar en cada una de las manos una sopa de pan mojada en meloja, y en la boca has de llevar dos monedas, y desde que ya hubieres andado buena parte de aquel camino de la muerte, hallarás un asno cojo cargado de leña, y con él un asnero también cojo, el cual te rogará que le des ciertas chamizas para echar en la carga que se le cae, pero tú pásate callando sin hablarle palabra, y después, como llegares al río muerto donde está Carón, él te pedirá el portazgo, porque así pasa él en su barca de la otra parte a los muertos que allí llegan, porque has de saber que hasta allí entre los muertos hay avaricia, que ni Carón, ni aquel gran rey Plutón, hacen cosa alguna de gracia, y si algún pobre muere, cúmplele buscar dineros para el camino, porque si no los llevare en la mano, no le pasarán de allí. A este viejo sucio darás en nombre de flete una moneda de aquellas que llevares, pero ha de ser que él mismo la tome con su mano de tu boca. Después que hubieres pasado este río muerto, hallarás otro viejo muerto y podrido, que anda nadando sobre las aguas de aquel río, y alzando las manos te rogará que lo recibas dentro en la barca; pero tú no cures de usar piedad, que no te conviene. Pasado el río, y andando un poco adelante, hallarás unas viejas tejedoras que están tejiendo una tela, las cuales te rogarán que les toques la mano, pero tú no lo hagas, porque no te conviene tocarles en manera ninguna. Que has de saber que

todas estas cosas y otras muchas nacen de las asechanzas de Venus, que querría que te pudiesen quitar de las manos una de aquellas sopas, lo cual te sería muy grave daño, porque si una de ellas perdieses, nunca jamás tornarías a esta vida. Además de esto, sepas que está un poco adelante un perro muy grande, que tiene tres cabezas, el cual es muy espantable, y ladrando con aquellas bocas abiertas, espanta a los muertos, a los cuales ya ningún mal puede hacer, y siempre está velando ante la puerta del oscuro palacio de Proserpina, guardando la casa vacía de Plutón. Cuando aquí llegares, con una sopa que le alcances lo tendrás enfrenado, y podrás luego pasar fácilmente y entrarás adonde está Proserpina, la cual te recibirá benigna y alegremente, y mandarte há asentar y dar muy bien de comer. Pero tú siéntate en el suelo, y come de aquel pan negro que te dieren, y pide luego de parte de Venus aquello porque eres venida, y recibido lo que te dieren en la bujeta, cuando tornares, amansarás la rabia de aquel perro con la otra sopa. Y cuando llegares al barquero avariento, darle has la otra moneda que guardaste en la boca, y pasado aquel río, tornarás por las mismas pisadas por donde entraste, y así vendrás a ver esta claridad celestial. Pero sobre todas las cosas, te apercibio que guardes una: que en ninguna manera cures de abrir ni mirar lo que traes en la bujeta, ni procures de ver el tesoro escondido de la divina hermosura." De esta manera aquella torre, habiendo mancilla de Psiches, le declaró lo que le era menester de adivinar.

No tardó Psiches, que luego se fué al monte Ténaro, y tomados aquellos dineros y aquellas sopas como le mandó la torre, entróse por aquella boca del infierno, y pasado callando aquel asnero cojo, y pagado a Carón su flete porque le pasase, y menospreciado así mismo el deseo de aquel viejo muerto que andaba nadando, y también no curando de los engañosos ruegos de las viejas tejedoras y habiendo amansado la rabia de aquel temeroso perro con el manjar de aquella

sopa, llegó pasado todo esto a los palacios de Proserpina, pero no quiso aceptar el asentamiento que Proserpina le mandaba dar, ni quiso comer de aquel manjar que le ofrecían, mas humildemente se sentó ante sus pies, y contenta con un pedazo de pan bazo, le expuso la embajada que traía de Venus, y luego Proserpina le hinchó la bujeta secretamente de lo que pedía, la cual luego se partió, y aplacado el ladrar y la braveza del perro infernal con el engaño de la otra sopa que le quedaba, y habiendo dado la otra moneda a Carón el barquero porque la pasase, tornó del infierno más esforzada de lo que entró. Y después de adorada la clara luz del día que tornó a ver, como quier que en cumplir esto acababa el servicio que Venus le había mandado, vínole al pensamiento una temeraria curiosidad, diciendo: "Bien soy yo necia, trayendo conmigo la divina hermosura, que no tome de ella siquiera un poquito para mí, para que pueda aplacer a aquel mi hermoso enamorado." Y como esto dijo, abrió la bujeta, dentro de la cual ninguna cosa había ni hermosura alguna, salvo un sueño infernal y profundo, el cual como fué destapado, cubrió a Psiches de una niebla de sueño grueso, que todos sus miembros le tomó y poseyó, y en el mismo camino por donde venía cayó durmiendo como una cosa muerta.

Pero Cupido, ya que convalescía de su llaga, no pudiendo tolerar ni sufrir la luenga ausencia de su amiga, estando ya bien dispuesto y las alas restauradas, porque había días que holgaba, salióse por una ventana pequeña de su cámara donde estaba encerrado, y fué presto a socorrer a su mujer Psiches, y apartado de ella el sueño y lanzado otra vez dentro en la bujeta, tocó livianamente a Psiches con una de sus saetas y despertóla diciéndole: "Aun tú, mezquina, de ti no escarmientas, que poco menos fueras muerta por semejante curiosidad que lo que hiciste conmigo; pero ve ahora con la embajada que mi madre te mandó, y entre tanto yo proveeré en lo otro que fuere menester." Dicho esto, levantóse con sus alas y fuese volando. Psiches llevó lo que traía de Proserpina y diólo a Venus.

Entre tanto, Cupido, que andaba muy fatigado del gran amor, la cara amarilla, temiendo la severidad no acostumbrada de su madre, tornóse al almario de su pecho, y con sus ligeras alas voló al cielo y suplicó al gran Júpiter que le ayudase, y recontóle toda su causa. Entonces Júpiter tomólo por la barba, y trayéndole la mano por la cara, comenzólo a besar, diciéndole: "Cómo quier que tú, señor hijo, nunca me guardaste la honra que se debe a los padres por mandamiento de los dioses, pero aun este mi pecho, en el cual se encierran y disponen todas las leyes de los elementos, y a las veces de las estrellas, muchas veces lo llagaste con continuos golpes del amor y lo ensuciaste con muchos lazos de terrenal lujuria, y lisiaste mi honra y fama con adulterios torpes y sucios contra las leyes, especialmente contra la ley Julia y la pública disciplina, transformando mi cara y hermosura en serpientes, en fuegos, en bestias fieras, en aves y en cualquier otro ganado. Pero con todo esto, recordándome de mi mansedumbre, y que tú creciste entre estas mis manos, yo haré todo lo que tú quisieres, y tú sépate guardar de otros que desean lo que tú deseas. Esto sea con una condición: que si tú sabes de alguna doncella hermosa en la tierra, que por este beneficio que de mí recibes, debes de pagarme con ella la recompensa."

Después que esto hubo hablado, mandó a Mercurio que llamase todos los dioses a concilio, y si alguno de ellos faltase, que pagase diez mil maravedís de pena. Por el cual miedo todos vinieron y fué lleno el palacio donde estaba Júpiter, el cual, asentado en la silla alta comenzó a decir de esta manera: "¡Oh dioses escritos en el blanco de las musas! Vosotros todos sabéis como a este mancebo que yo crié en mis manos, procuré de refrenar los ímpetus y movimientos ardientes de su primera juventud. Pero harto basta que él es infamado entre todos de adulterios y de otras corruptelas, por lo cual es bien que se quite toda ocasión, y para esto me parece que su licencia de juventud se debe de atar con lazo de matrimonio. El ha escogido una doncella, la cual privó de su virginidad; téngala y poséala, y siempre use de sus amores"; y diciendo esto, volvió la cara a Venus, y díjole: "Tú, hija, no te entristezcas por esto, ni temas a tu linaje ni al estado del matrimonio mortal, porque yo haré que estas bodas no sean desiguales, mas legítimas y bien ordenadas, como el derecho lo manda." Y luego mandó a Mercurio que tomase a Psiches y la subiese al cielo, a la cual Júpiter dió a beber del vino de los dioses, diciéndole: "Toma, Psiches; bebe esto y serás inmortal; Cupido nunca se apartará de tí. Estas bodas vuestras durarán para siempre."

Dicho esto, no tardó mucho cuando vino la cena muy abundante, como a tales bodas convenía. Estaba sentado a la mesa Cupido en el primer lugar, y Psiches en su regazo. De la otra parte estaba Júpiter con Juno su mujer, y por su orden todos los otros dioses. El vino de alfajor, que es vino de los dioses, ministraba Ganimedes a Júpiter como copero suyo, y a los otros el dios Baco. Vulcano cocinaba la cena. Las ninfas henchían de flores y rosas y otros olores la sala donde cenaban. Las musas cantaban muy dulcemente. Apolo cantaba con su vihuela. Venus entró a la suave música, y bailó hermosamente. En esta manera era el convite ordenado, que el coro de las musas cantase, y el sátiro hinchase la gaita, y el dios Pan tañese un tamborino. De esta manera vino Psiches en manos del dios Cupido, y estando ya Psiches en el tiempo de parir, nacióles una hija, a la cual llamamos Placer.

signe poeta. Late en sus versos, de ritmo y espíritu novísimos, un generoso sentimiento cosmopolita de fraternidad universal. La visión de una Argentina joven, rica y poderosa, donde confluyen, aliadas para el trabajo, las viejas razas del continente europeo, destácase como generoso ideal humano, de paz y de progreso, en las encendidas, recias, magníficas estrofas del vate americano.

Obras completas. Edición a todo lujo, decorada por A. Vivanco.

Volumen I. MUY SIGLO XVIII (publicado).
,, II. Muy antiguo y muy moderno.
,, III. Audaz, cosmopolita.
,, IV. Y una sed de ilusiones infinita.

Precio del volumen, 6 pesetas.

Son volúmenes de 16 por 21 centímetros; papel superior ahuesado; las páginas decoradas a varios colores: encuadernado en tejidos artísticos, óvalo grabado en acero, abrazaderas de cabritilla, estuche-cartera en cartón cuero.

IMPRENTA GREÑAS
CALLE CENTRAL NORTE

Libros — Periódicos — Folletos
Hojas sueltas
Recibos talonarios — Cheques
Tarjetas de visita
Facturas—Etiquetas—Invitaciones
PRECIOS MODICOS

34713